



Convento de las Ursulinas.

Fachada.

noche—, según pormenorizadamente describe la Crónica. De los días de Pedro *el Cruel* conserva el castillo importantes recuerdos, pues en 1355 permaneció allí durante algunos meses su repudiada esposa, doña Blanca de Borbón, pero no encarcelada, sino respetada y atendida conforme a su rango, hasta que fué trasladada a Jerez. Por cierto que se incurre harto frecuentemente en dos crasos errores relacionados con dicha infortunada reina: uno es afirmar que murió en el castillo de Sigüenza, siendo así que su óbito tuvo lugar en el de Jerez, adonde había sido desde allí trasladada al mediar el año 1361, cuando contaba sólo veinticinco años de edad, y el otro, al referirse a la torre de la fortaleza que aquí describimos, donde estaba su aposento, denominarla «de doña Blanca de Navarra» (en vez de Borbón), confundiendo así a ésta con la que, transcurrido un siglo, fué primera mujer de Enrique IV. También el siglo XV ofrece hechos importantes vinculados al castillo saguntino. Cuando Juan II sostuvo dilatada lucha con sus renuentes primos los infantes de Aragón, esta parte de Castilla de que ahora nos ocupamos estuvo constantemente

soliviantada, pues uno de aquéllos, ya rey de Navarra, tenía en su poder a Atienza, Torija y otras fortalezas vecinas, no cesando en sus depredaciones, lo cual obligó a los obispos de Sigüenza a permanecer en pie de guerra para la propia defensa. En 1452 tuvo lugar la brillante gesta de reconquistar el castillo de Riba de Santiuste las tropas seguntinas capitaneadas por el deán y gobernador del Obispado, López de Madrid. Tras algunos años pacíficos, en 1465 moría el prelado Luján, y ello hizo que dicho deán, hombre de valor excepcional, pero engraido de sus arrestos y «muy soberbios», a quien el éxito castrense de referencia hizo ensoberbecerse cual si fuera un nuevo Cid, quisiera a toda costa ser el prelado de la diócesis. Logró embaucar al cabildo para que le eligiera, creyendo que ello bastaría para hacer válida tal designación, y así llegó hasta apoderarse del obispado, desobedeciendo al Papa —que llegó a excomulgarle— y burlándose del rey y del obispo legítimamente nombrado, don Pedro González de Mendoza. Habían transcurrido tres años de tal detención cuando, para acabar con aquella cismática rebeldía, el alcaide del castillo de Atienza, don Pedro de Almazán, deseoso de servir al monarca, Enrique IV, se puso en connivencia con un criado del deán, logrando tomar por escalo la fortaleza. Así fué aprisionado el falso obispo, llevándosele a encerrar a Atienza, en unión de sus cómplices, con lo que se consiguió en pocos días restituir toda la diócesis a la obediencia del nuevo y legítimo prelado.

Durante la guerra de Sucesión sirvió este castillo para acuartelamiento de tropas, hecho que no llevó aparejados efectos destructivos en la fortaleza. Pero no puede decirse lo mismo de cuando la invasión francesa, en los comienzos del siglo XIX, pues ésta originó gran destrozo en la misma. Al principio estuvo ocupada por tropas napoleónicas, que hubieron de abandonarla ante los reiterados ataques del *Empecinado*; mas dueñas nuevamente de la plaza en 1811, ocasionaron muchos daños en su interior. En 1812 tuvieron lugar en sus cercanías dos encuentros con signo distinto: en uno, Espoz y Mina venció a Abbe, y en el otro el *Empecinado* fué derrotado por Guey. En la primera guerra civil ochocentista, los carlistas pretendieron inútilmente tomar el castillo, y todavía en la segunda la Guardia Civil —para cuartel de la cual fué el último destino dado al castillo— defendió éste del ataque de la partida de Villarín, que no consiguió rendirlo, si bien causó con ello nuevos y grandes destrozos.

* * *